

Algunas de las cosas que me gustan de él

Me gusta que diga *patético*. No creo que sepa exactamente qué significa esa palabra pero seguro que tiene una vaga idea. Esto es *patético*, dice. Vos sos un padre *patético*. La escuela es *patética*. Lo dice marcando la primera “t”, cargando de énfasis la vocal acentuada.

Me gusta verlo correr detrás de la pelota. Corre desarmándose, medio ladeado. Me gusta cuando trata de hacer jueguito y enseguida se queda sin nada, pateando el aire, enloquecido. Enojado, la cara roja, las gotitas de transpiración.

Me gusta cuando me dice papá. También me llama Ary, por supuesto. En general todos me llaman Ary, pero a mí me encanta que él me diga papá.

Me gusta cuando come con las manos y deja todo engrasado, la ropa inmuda, el piso cubierto con restos de comida, el agua bajando del mantel, chorreando por el piso. Siempre se le cae el vaso, no hay manera de evitarlo.

Me gusta cuando trata de hacer la vertical y queda doblado, sin llegar a tocar la pared con los pies.

Me gusta que hable sin la “r”, es una letra que se le escapa, que nunca llega a pronunciar.

Me gusta que diga “escursiva”, en lugar de “cursiva”.

Me gusta cuando prende mi máquina, la conecta a Internet y abre mis cuentas de mail para que yo revise todo rápido y lo deje a él, en paz, colgado en

la web, buscando páginas de juegos y videos graciosos. Me gusta que se ría con los videos graciosos.

Me gusta cuando me oye llegar y me recibe en la puerta de casa y me pregunta ¿te fue bien hoy?, ¿trabajaste mucho? Y yo le respondo que me fue bien. ¿Y a vos, Ponchi?, le pregunto. Y él dice a mí también me fue muy bien.

Me gusta verlo bailar. Me gusta cuando canta -cuando canta está feliz, me lo explicó hace un tiempito-. Me gusta que sepa defenderse y que no se deje

maltratar. Me gusta que mire la tele con la boca abierta.

Me gusta oír plaf, pum, crac cuando hace pelear a sus Power, a su Hulk, a su Hombre Araña. Me gusta que corra alrededor de la mesa después de la cena. Me gusta viajar con él en colectivo. Me gusta que nos acostemos en su cama para conversar y para leer. Me gusta ganarle al ajedrez y perder al metegol. Me gusta llevarlo de la mano por la calle, comprarle golosinas, espiarlo cuando juega con otros chicos. Me gusta saber que mañana, cuando vaya a despertarlo dándole besos en el pelo y

acariciándole la cabeza, él me va a decir que no sea patético. Así me va a decir: no seas patético, papá, dejame dormir.

Me gusta dejarlo dormir. Duerme boca abajo. Abrazado a la almohada. Sin pijama, ni remerá. Con el calzoncillo de Bob Esponja, que es uno de sus calzones favoritos.

Ariel Bermani

Me gusta saber que mañana, cuando vaya a despertarlo dándole besos en el pelo y acariciándole la cabeza, él me va a decir que no sea patético.

La Inocencia

La tijaereta: tras la inocente referencia a un pájaro argentino encontramos un peligro extremo: la mujer, en el mejor momento, puede cruzar las piernas cortando de cuajo el órgano del infortunado. Los que ya le conocían la cara a Dios nos explicaban la manera de trabar las piernas asesinas con nuestras rodillas, para controlar la situación en el momento clave.

Las flacas eran peligrosas por lo afilado de sus huesos; mientras que se creía que la tijaereta de las muelles podría soportarse. ¿Por qué la mujeres hacían esto? Los mayores, aquellos iniciadores innominados, lo daban como un hecho experimentado por algunos desprevenidos.

El pájaro que la palabra tijaereta designaba me resulta desconocido, pero podía suponerlo de pico afilado y pecho florecido en triangulo. Quizá se deba a que la tijaereta contiene la condensación de la **tijera** con la **cajeta**, palabra esta última que se confunde con cajas de zapatos y tarjetas postales.

Esto me fue revelado a los diez años.

Viendo a Tarzán trabar la boca abierta de un cocodrilo imaginé un sistema similar: ir a la cita provisto de una estaca con dos abrazaderas que pudiesen fijarse a los tobillos de la homicida. Esta posibilidad entraba en contradicción con una costumbre difundida: quizá mi debut fuese a la salida de un cine, debajo de los árboles de alguna plaza o en el hueco de algún muro. ¿Cómo llevar la estaca sin despertar sospechas?

Cuando llegó el momento en el verano del 58 pude usar con éxito el sistema de trabar con las rodillas, pero una purgación imprevisible me condujo a la Asistencia Pública durante quince días, donde fui asistido con inyecciones de una sustancia espesa y dolorosa.

La cuenta regresiva: un día, sin saber por qué, nos informaron los peligros de la masturbación. Los adelantos de la ciencia mostraban que las posibilidades de eyacular estaban contadas, sin que se supiese la cifra exacta y con el agravante de variaciones según la constitución hereditaria de los ardientes solitarios. Desde ese día fue necesario controlar los impulsos para evitar ¿qué? Ninguno relacionaba el asunto con la paternidad, sino con la impotencia. No se temía la futura ausencia de hijos sino que el semen, al agotarse, hiciera desaparecer con su desaparición la corona y gloria de la erección.

Esta cuenta regresiva era iniciada cada día y olvidada por la noche, única manera de asegurarse un margen para el día siguiente. Se creó entre nosotros algo parecido al “hoy no se fía, mañana sí”. Con el tiempo, esta espada pendiente sobre nuestros impulsos más secretos, se fundió con la muerte: hoy no se muere, mañana sí. No sé qué solución encontraron algunos amigos que no veo desde aquella edad.

La yilé apasionada: descubrimos que por la zona del parque había mujeres de la vida que daban el gusto por monedas. Esto nos hizo imaginar

distintas colectas que iban desde juntar vidrios para vender por kilo hasta hacer mandados para recibir propinas. Cuando esta contradicción principal, la del dinero, fue resuelta y decidimos emprender por nuestra cuenta y riesgo el camino, un rumor nos paralizó. Una de esas mujeres (¿cómo saber cuál?) se deslizaba hacia las entrepiernas con la promesa de una lengua deliciosa, pero cuando el mortal recibía los primeros placeres, una yilé surgida de no se sabe dónde, terminaba el asunto. Un aullido, un chorro de sangre, la risa de la loca. Gastamos nuestra plata en el cine y decidimos esperar tiempos mejores.

El introito fatal: nuestro barrio empezó a regocijarse con el descubrimiento de un putó oficial, que lejos de simular sus inclinaciones las exhibía desafiando las leyes paternas, y provocando a los chicos, quienes formamos un piquete para realizar el introito trasgresor. Pero en el prefacio de la acción llegaron noticias que detuvieron el impulso. Varios, de otro barrio, después de la introducción prohibida, habían languidecido con fiebre, torturados por los demonios del remordimiento, hasta expirar en los brazos de sus respectivas y atribuladas madres. Para que nuestra organización no pereciera antes de dar un paso decidimos una acción moralizante, digna de nuestras familias, atacando a piedrazos la babeante figura que aquella noche se acercó a nosotros llena de esperanza.

Germán García

Año I - Mayo 2007 - Número 9

Muestra gratis

www.geocities.com/domicilio_desconocido

domicilio_desconocido@yahoo.com.ar

- Bueno, ¿cómo te llamas?

- Odradek- dice él.

- ¿Y dónde vives?

- Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.

Franz Kafka

Lo que dejó la Feria

Después de cuatro meses de curso tenía que presentar la tesis para el doctorado en la EPT (Escuela de Periodismo Televisivo).

Elegí el tema privilegiando mis intereses: el periodismo de investigación y las estadísticas. La idea era investigar qué es lo que la gente se dejó olvidado en la Feria del Libro y luego compararlo con lo que se olvidaron en la exposición “Nuestros Caballos” que se llevó a cabo la semana anterior en el mismo Predio de la Sociedad Rural en Palermo. Las conclusiones permitirían descubrir similitudes y diferencias entre uno y otro público.

A mi director de tesis le pareció una idea interesante pero me alertó sobre ciertas dificultades que debería enfrentar. Seguramente los registros de la oficina de objetos perdidos no consignaban los artículos devueltos, por lo que la investigación se limitaría a los objetos perdidos no reclamados. También podía pasar que los objetos extraviados no llegaran a la oficina porque fueran encontrados por personas inescrupulosas que se los adueñaran inmediatamente, dejándolos fuera de mi estadística, lo que engrosaría una suerte de “cifra negra”. De ser así, podría calcularse asimilándola a



fueran del todo honestos y repartieran entre ellos aquello que debían reintegrar a sus legítimos y olvidadizos dueños.

Ninguna especulación fue necesaria. No existe tal oficina de objetos perdidos. Lo que se encuentra queda en poder de la agencia de seguridad del predio, que jura que lo único que recibe son

Gilez

comíamos loco y discutíamos sobre computadoras, él defendía ferozmente el uso de su vieja máquina de escribir a la vez que saboreaba su ensalada de apio, pepino y manzana. Cuando nos despedimos dijo que tenía que sacar un comprobante de antecedentes penales. Los que lo vieron en la cola dicen que desde que llegó actuó raro. Delante de él esperaban un colombiano, dos peruanos, un chino y dos brasileños (en ese orden). Detrás suyo, un polaco, un chileno y dos coreanos. Al ver que tenía que esperar mucho empezó a gritar, a decir que era una barbaridad. Cuando se sumaron varias personas a su reclamo se llamó a silencio y esperó calmadamente. Dijo “debería haber dos colas, una para argentinos y otra para extranjeros”. Los argentinos que esperaban dijeron que era verdad. Algunos extranjeros también, pero otros insistieron en que era una tremenda idiotez. Volvió a callarse. Dicen que miró para adelante, miró para atrás, miro hacia los costados y cayó al suelo. Un policía que custodiaba la puerta se apresuró a atenderlo en el piso y, después de tomarle el pulso, le dijo al resto de las personas que estaba muerto. Y en voz más baja, como pensando en voz alta, dijo “nunca había pasado esto”. Un chileno que estaba cerca dijo que notó que se le dibujaba una sonrisa en el rostro, pero vio como son los chilenos.

Mariano Quintero

División de bienes

La Enciclopedia Danae (seis tomos de temas dudosamente específicos, tapas duras) todavía existe, casi destruida y guardada en una caja, en una parte del ropero que nadie toca. Pero aunque mi familia decidió en algún momento jubilarla para hacer lugar en los estantes, hubo un tiempo en que los seis baqueteados tomos eran un ejemplo de la generosidad a la que se nos condena cuando no somos hijos únicos; y también, pero esto no lo sabía entonces, la prueba de que la lectura como actividad solitaria no tiene demasiada gracia.

Que hubiera seis tomos de la Enciclopedia permitía negociar nuestro egoísmo con cierta elegancia. Y nos entrenó para hacer arreglos que neutralizaban el conflicto aún siendo poco prácticos, o para otras opciones de transacción en las que el desinterés de una de las partes allanaba el camino.

Así, sin mi hermana respirándome en la nuca, leí la vida de Sissi (*Sissi Emperatriz*, *Sissi frente a su destino* y más) en una colección que intercalaba páginas de historieta como resumen de la historia. Y aunque ella se hizo cargo naturalmente, a falta de un hermano varón, del dudoso mandato de liquidar todos los tomos de Salgari y Verne, la serie de Luisa May Alcott nos encontró unidas pero en pie de guerra por la propiedad de los personajes.

Con un voluntarismo inexplicable nos embarcamos un poco más tarde en títulos que decían a gritos desde la tapa (no había más tapas duras) la sospechosa calidad del interior. Pasamos muchas madrugadas hablando de la vida de una huérfana en la India a quien su madre, loca por el dolor del parto, había bautizado Winter; y de la actriz que se debatía entre *hacer de o ser* Lady Macbeth, sin saber que conocíamos así a Vivien Leigh. Y después, una muda competencia que duró varias semanas dejó sin resolver cuál de nosotras merecía más claramente ser iluminada por Max Demian.

En el medio de todo eso, supongo, se formaba algún criterio, pero era lo último que nos interesaba frente a la posibilidad de que alguna se excediera en el tiempo que tenía para leer un capítulo de *El nombre de la rosa*. Sin nominalismo en el horizonte, quien adelantara algo acerca del asesino de escritores se condenaba a varias horas de indiferencia. Y los libros no eran nada si uno no podía pelearse por ellos y dividirse los personajes y lamentarse juntas porque hubieran terminado.

Lo otro era la televisión, y por el bien de la convivencia era mejor mantenerse fiel a los arreglos. Sobre todo para evitar que mi hermana, apenas mayor y más baja, pusiera en práctica una toma violenta que había visto una tarde en *SWAT* y que insistió en practicar conmigo varias veces, una al menos con éxito.

María Martha Gigena

Domicilio Desconocido

Duermevela

Duermevela, en un momento de su actuación

Sintió una presión en la espalda, y después como un golpeteo. De nuevo la presión, y el golpeteo. Y otra vez la presión, más estirada.

El corno sonó una vez y se mantuvo, anunció su lejanía con una larga nota.

Por debajo y hacia los costados, surgió un rallador de truenos salpicado de campanadas, creciendo a sus anchas en la cúspide sonora, oscureciéndose en el hueco del túnel. Y tras él, el viento, uno, dos, tres vueltas engranando hacia arriba hasta ser rozado por el disco volador de los violines: un afilador (¿cuánto hace que viene caminando hacia ella?).

Quiso volver al sueño, pero el sábado se trazó cálido delante de su cara. Fugazmente, dos pájaros como dos flautas negras, se balancearon en la pérgola. Giró entre las sábanas hacia el techo, la gata saltó al piso y de allí a la ventana para ver el sol.

El invierno se estaba yendo en esos días. Las hojas frescas de las campanitas se reflejaban mil veces en el vidrio mecido por el aire.

Por eso se levantó. Por la simpleza del efecto. Se levantó y fue hasta la ventana.

La gata volvió a la cama y se durmió enseguida.

En toda la habitación no había una sola prenda que sirviera para salir de allí.

Sólo una gasa de flores que la enroscó desde los pies y la llevó hasta la puerta. Se vio de espaldas, abriendo la puerta, desdibujada por un fulgor amarillo.

Dos pastillitas rojas para Mariano

“Conejos”.

La opción, como se ve, es dual y, sobre todo, moral. En un pasaje memorable el traidor de la película (ique además se llama Reagan!) afirma que si lo que está comiendo se ve como un bife, sabe a bife y huele a bife, entonces la diferencia entre realidad y fantasía no le interesa. Palabra de traidor. En este escenario la “realidad” es siempre éticamente superior a cualquier fantasía.

Pero si esa realidad es mejor que la realidad de la Matriz, su revelación no puede advenir por el trabajo de la conciencia: la moralización de lo real requiere de mesías, de aprendices y maestros que iluminen el camino. Morfeo le revelará a Neo su destino mesiánico: el

Domicilio Desconocido

Duermevela, en un momento de su actuación

Duermevela, en un momento de su actuación

Duermevela, en un momento de su actuación

Duermevela, en un momento de su actuación

Duermevela, en un momento de su actuación

Tomó su desayuno y repasó, frotando con los dedos la piel suave del brazo opuesto, todo lo que había vivido la tarde anterior. Todavía no podía creerlo, necesitaba repetirlo en la pantalla constante de su cuerpo.

La taza de café se agigantó hasta ocupar toda la cocina. Blanda, pero pesadamente, amenazante.

Volvió a escuchar los violines, cada vez más apagados, después del vibrar de triángulos incesantes: el afilador estaría yéndose.

De nuevo el tren. Tan cerca uno de otro los trenes pasan bajo el puente interminable. Vibran las paredes, el colchón. Tiene que despertar.

Vestirse y salir, olvidarse y recordar. Empezar de nuevo. Levantarse.

Levantarse de una buena vez y desayunar.

La cabeza le da vueltas por dentro, una vez más, como las paletas del ventilador en un bar caliente del Caribe.

Ahí está. Ahí está de nuevo el techo. Espeso de tan gris, le aplasta el cuello.

Pensó que había dormido con los ojos abiertos, tan incierto era el dolor.

Duermevela, en un momento de su actuación

Duermevela, en un momento de su actuación

Duermevela, en un momento de su actuación

Duermevela, en un momento de su actuación

Duermevela, en un momento de su actuación

Duermevela, en un momento de su actuación

Duermevela, en un momento de su actuación

camino hacia la realidad “verdadera” es el camino de la ley y la sumisión.

Doug Quaid, en cambio, no cree en mesías. Ante la oferta del médico, Quaid rechaza la pastillita, asesina al iluminado y escapa hacia el mundo de la fantasía que él cree verdadera. No hay ninguna otra realidad por alcanzar, o, mejor, la diferencia entre percepción y realidad es irrelevante. Quaid no elige entre una realidad y otra, rechaza la dualidad misma.

El vengador del futuro, toma el mismo camino. Con sus escenarios berretas y su lógica de película de acción hollywoodense, el film no termina de decidirse: porque si efectivamente Quaid cree que vive en un mundo real, para cuando el film termine el espectador no sabrá en

qué medida todo lo que ha sucedido (Doug transformado en héroe de Marte, con la chica con la que había fantaseado, eliminando a los tiros toda oposición) no es parte del ensueño programado por una computadora. Pero no importa: porque es en esa lógica enrarecida, ambigua y confusa donde se libran las batallas.

El héroe no es entonces un iluminado, sino un aventurero que no termina de entender cuál es su lugar o su misión. Sin un destino prefijado, Quaid aprende sobre la marcha qué es lo que puede extraer del mundo que conoce para cambiarlo.

Y es que contra todas las conciencias bienintencionadas, los héroes siempre rechazan la pastillita roja.

Ezequiel De Rosso

¿Qué es Internet?

Introducción
¿Quién no se preguntó alguna vez dónde queda, qué es y cómo funciona Internet? Movida por la inquietud inicié una investigación al respecto cuyos resultados hoy me propongo compartir con ustedes.

La fuente

Realicé la investigación acudiendo a una fuente proba, capacitada intelectualmente para responder más o menos todo. Por cierto agradezco a mi fuente su colaboración desinteresada en la redacción de éste y de los capítulos “Qué sobreviene a la muerte”, “Las ventajas de escuchar música bajito” y “Cómo gozar sexualmente sin utilizar los genitales”. A continuación, resumo lo que me explicó mi mamá acerca de Internet y su funcionamiento.

Mano de obra

En la Argentina, Internet es el resultado del trabajo de 430 peruanos (empleados subterráneos) que pedalean día y noche debajo del Obelisco. En Perú, donde también habría Internet, se sospecha que el esfuerzo le corresponde a unos 200 bolivianos. En tanto, en los Estados Unidos, la labor la desempeñan 45-978 argentinos -entre los cuales se encuentran varios de nuestros parientes y Guillermo Barros Schelotto-, debajo de la Estatua de la Libertad. En Bolivia hay mil africanos. En África no hay Internet.

La infraestructura

Debajo del Obelisco se montaron dos grandes oficinas: una de Entradas y otra de Salidas.

Oficina de Salidas

La oficina de Salidas cuenta con dos paneles, el izquierdo posee entre uno y dos millones de cables sueltos, uno por cada línea de acceso a la web de la Argentina. En el otro panel hay un cable por país de América, Oceanía y Asia.

Mientras pedalea, cada empleado subterráneo conecta el cable del emisor de mails o del buscador de páginas de Internet con el del país receptor, de acuerdo a lo que le va indicando el Encargado de Salidas que es el único que posee una enorme PC a la que le llegan los datos de todos los pedidos del país. El Encargado dice “píiii crrr píiiiiiiiíiii piplin ppíiii”, “pliiiiiiiiiiiíiii crrrr jíiii plin crrrrrrrr” u otras variantes por el estilo, a partir de las cuales los empelados subterráneos comprenden qué cables deben conectar entre sí.

Oficina de Entradas

La oficina de Entradas funciona al revés pero casi igual.

Consideraciones finales

*Si se dificulta la conexión o Internet anda lento es porque algún subterráneo se cansó de pedalear o se murió.

*Un email es rebotado cuando un empelado subterráneo tapa la punta del cable.

Adrián Drut